

21 marzo 1915).

PROTEJAMOS NUESTRAS DISCORDIAS

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1915.

¡Bendita sea la guerra! dirán para sí mismos no pocos escritores y publicistas, sobre todo los que se han hecho una necesidad o un hábito el dirigirse periódicamente al público. Sólo que eso lo dirán bajito, no sea que se lo oigan. Y lo dirán porque esta guerra es uno de los más grandes excitantes de la imaginación y a la vez una gran proveedora de asuntos. No dijo Homero que los dioses traman y acaban la destrucción de los mortales para que los venideros tengan algo que cantar? Pues Dios ha suscitado esta guerra para que tengamos algo que comentar. Más aun, para que descendamos a ciertas profundidades psicológicas, en las que sin ella no se nos habría ocurrido descender. La guerra de pluma, que la otra, la de cañón y espada, ha provocado, será fecunda.

Y si alguien se escandaliza de este modo de ver las cosas, ¡qué le hemos de hacer...! La paz es buena, cuando a favor de ella se trama otra guerra, la guerra inconculta de las ideas, de las opiniones, de los sentimientos, pero si la paz amenaza llevarnos a una concordia soñolienta, a la concordia de una sociedad mercantilizada para la que no hay otra concurrencia que la económica, entonces la paz es mala, muy mala.

Morirá mucha gente en esta guerra, gente, por lo demás, que de todos modos habría acabado por morir; se destruirá mucha riqueza, pero abrigo la fe de que gracias a ella nacerá gente nueva, de veras nueva, y se creará riqueza nueva.

Emilio Boutroux, el tan conocido filósofo francés—y tan francés como filósofo—dió el 18 de diciembre pasado en la Alianza de Higiene Social una conferencia sobre la guerra y la vida de mañana que merece comentario y que he de comentar otra vez aquí. En esa conferencia el ilustre pensador de las contingencias de las leyes naturales se ocupa de la sacudida que esta guerra da en las entrañas del alma colectiva francesa y en sus efectos culturales. Porque no me cansaré de repetir—y cuidado que soy machacón—que no ver en este terrible conflicto más que una lucha de intereses materiales o de odios salvajes, es no querer ver hondo. Son dos tipos de cultura, frente a frente, dos tipos que venían ya luchando en el seno de todos los pueblos. Porque el principio general filosófico o sociológico que informa al imperialismo prusiano existía y existe también en el seno de la sociedad francesa, así como el principio central y director de la democracia anglo-francesa opera en las entrañas de la sociedad alemana. Ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Rusia, hay una verdadera unanimidad espiritual. Y tal francés o inglés hay que al luchar contra Prusia, lucha contra sus anteriores doctrinas, y tal alemán que al defender al Imperio prusiano ataca a sus convicciones políticas. Lo que hay es que ni el imperialista inglés o francés—pues los hay, y no pocos—consiente que sea Prusia la que imponga el imperialismo, ni los demócratas alemanes—que los hay y muchos—transigen con que dirijan otros pueblos la democracia.

Por encima de las diferencias doctrinales se acusan las de raza. Que

son doctrinales también.

Por mi parte, hay un ideal que me repugna y es el de un régimen que imponga una cierta uniformidad y asegurando el orden diga a los ciudadanos: «Ahora cada uno a su oficio, el zapatero a hacer zapatos, el químico a hacer química, el médico a curar, el abogado a defender pleitos, el catedrático a enseñar su especialidad, el gobernante a gobernar...» Esta horrenda diferenciación del trabajo social que convierte a un pueblo en un hormiguero, me pone espanto. Y sueño en la antigua y gloriosa democracia ateniense en que el ciudadano era ante todo ciudadano, y no faltaba al agora a discutir los asuntos públicos, o seguía las disputas de Sócrates y los sofistas. Y aun añoro aquel tan calumniado Bizancio, en que un pueblo se conmovía por las disputas sobre la luz increada. Me aterra un pueblo en que le encierren a cada cual en su

oficio, por mucho orden y por muy buena administración que haya en él, y le entretengan luego con corridas de toros o con música. Porque la música suele ser un terrible opio.

En estos días he leído un folleto de G. K. Chesterton, el famoso escritor paradjista inglés, que en algunas de sus partes me ha producido muy honda impresión. El folleto es unas cartas a un viejo garibaldino. «Letters to an old Garibaldian». En él dice Chesterton las cosas más feroces de los alemanes, pero las dice con la ligereza, con la agilidad, con la soltura, con el humor con que él sabe decir las. Ligereza, agilidad, soltura y humor que en vano buscaréis en un escritor germánico. Porque no sirve darle vueltas; tendrán razón unos u otros, se batirán mejor en la guerra éstos o aquéllos, pero en la guerra de ingenio, de burlas, de agudezas, los alemanes llevan la peor parte. No hay sino comparar las caricaturas con que se hostilizan de un lado y de otro. Es menester ser alemán para encontrar gracia a las más de las caricaturas alemanas. La rigidez de la hinchada vanidad militarista—vanidad, no orgullo—se compadece mal con la gracia. Y yo creo que tiene razón Chesterton cuando dice que un porvenir germánico en Europa sería «más estrecho, más grosero, menos sano, menos capaz de libertad y de risa que cualquiera de los peores períodos del pasado europeo». Sobre todo menos capaz de risa. Sería acaso—no lo afirmo—más ordenado, más tranquilo, más científico, todo lo que se quiera, pero menos divertido. Porque para divertirse como ellos se divierten y con lo que ellos se divierten, hay que haber nacido allí. A nosotros, los llamados latinos, yo no sé si más estragados o más maliciosos, en cuanto pasamos de los doce años, ya no nos divierten cosas que hacen allí las delicias de hombres de cincuenta y muy doctos. Hay por allá sabios muy sabios, muy profundos en la especialidad que cultivan, que cuando se rien o se ponen a divertirse nos hacen el efecto de niños grandes.

Esa infantil ingenuidad para el deporte y la diversión y el esparcimiento se acompaña, cuando el caso llega, de una violencia infantil también. Y en la vida ordinaria de una sumisión también infantil.

Chesterton habla de la falta de temperamento—«tempero»—del teutón, de que no se ríe de sí mismo, de que carece del sentido del propio ridículo. No se avergüenza, dice, de que se le elogie, por absurdos que los elogios sean. Y luego añade estas notables palabras: «El prusiano jamás enten-

derá las revoluciones, que son generalmente reacciones. Lo mira no sólo con disgusto, sino con una especie de misteriosa lástima. A través de sus confusas historias populares corre una extraña sugestión de que las poblaciones civiles han fracasado hasta hoy, y han fracasado por haber estado peleando siempre. La población de Berlín no pelea, o no puede pelear, y por lo tanto Berlín obtendrá éxito donde Grecia y Roma fracasaron. Hasta aquí es cosa clara que Berlín no ha resultado más que en malas copias de Grecia y Roma, y obrarían más cuerda-mente los prusianos en discutir los detalles del pasado griego y romano, que podemos seguir, que no los detalles de su propio porvenir, respecto al cual no estamos, como es natural, tan bien informados. Cada catedral que han construido, cada pilar que han erigido, cada pedestal para epitafio o tablero para decoración, cada tipo de Iglesia, católica o protestante, cada especie de calle, ancha o estrecha, los han copiado de las antiguas ciudades paganas o católicas, y estas ciudades, cuando hicieron esas cosas, estaban hirviendo con revoluciones. Recuerdo que un profesor germano me decía una vez: «No tendría escrúpulo ninguno en extinguir repúblicas tales como las de Brasil, Venezuela, Bolivia y Nicaragua; siempre están en revoluciones por una u otra cosa». Le dije que suponía que no habría tenido tampoco escrúpulo en extinguir Atenas, Roma, Florencia y París, porque siempre estuvieron en revueltas por una u otra cosa».

Interrumpo un momento la exposición de Chesterton. Dejemos el que estén bien o mal escogidas esas repúblicas americanas que citó el profesor tedesco a que el escritor inglés se refiere. Yo recuerdo, por mi parte, haber sostenido más de una vez, y acaso aquí alguna de ellas, que el hecho de que transcurra un largo período histórico sin motín o revuelta o revolución no es, por sí mismo, prueba de adelanto civil, y puede muy bien serlo, por el contrario, de retroceso. Esa tranquilidad pública, que a las veces se parece tanto a la paz de los sepulcros, suele argüir no pocas veces incivildad. Hace poco un semanario catalán ha publicado una caricatura en que aparecían el kaiser y su canciller, y al pie este diálogo: «¿Qué planes hacer de Europa así que sea nuestra?»—Un comentario federal.—«Pero en cultura, ¿no es verdad?»—«Todos los muertos sabrán filosofía.» O tal vez todos esos muertos vivos—o vivos muertos—todos esos regimentados súbditos—no he de llamarlos ciudadanos—cada cual en su oficio, garantizada la libertad del oficio y el orden—un «verboten!» por todas partes—podrán dedicarse a hacer fortuna. Y para hacer fortuna y divertirse de vez en cuando más o menos infantilmente, maldita la falta que hacen esas libertades cuya falta o cuya sobra provocan las revoluciones.

Sigue con el mismo tópico Chesterton y nos cuenta cómo siendo él niño se complacía en romper los juguetes que los niños alemanes construían. Y agrega que quien sabe romper una cosa no es por ello incapaz de hacerla. Y luego inserta estas palabras que suscribo y que se me figura como si las hubiese escrito yo. Dicen:

«Contra este absurdo advenedizo prusiano tenemos que proteger no sólo nuestra unidad; tenemos que proteger también nuestras disputas. Y la más profunda de las reacciones o revueltas de que ha hablado es la disputa que—muy trágicamente, creo—ha





dividido por cientos de años al ideal liberal del cristiano. Me cuadraría mal a mí, en cuya patria no hay ni tan clara doctrina ni tal democracia combativa, el suponer que puede seros fácil a vosotros (a los italianos) cerrar tan sagradas heridas. Tiene que haber siempre católicos que sientan que jamás podrán perdonar a los jacobinos. Tiene siempre que haber viejos republicanos que sientan que nunca podrán soportar a un cura. Y, sin embargo, hay algo cuya sola vista ha de unirlos a ambos en una instantánea alianza. No tienen sino que mirar al norte y ver esa tercera cosa que se cree superior a ambas: la enorme cara de nabo de «ce type la», como dicen los franceses, que se cree que puede hacer a ambos semejantes a él y permanecer, sin embargo, superior a los dos.»

Si, yo también digo con Chesterton que tenemos que proteger no sólo nuestra unidad, sino también, y ante todo, nuestras disputas, nuestras disensiones, nuestras querellas intestinas, nuestra guerra civil. Eso que algunos llaman la «pax germanica» sería peor que la guerra misma. Esa horrenda disciplina con la que sueñan nuestros reaccionarios sería cien veces peor que la más desenfrenada discordia. Antes aquel estado de histeria colectiva a que llevó a Francia el famoso «affaire», la cuestión Dreyfus, que ese orden y esa reglamentación de un pueblo que acalla sus disensiones intestinas, si es que las tiene—y si no las tiene peor para él—a fin de prepararse mejor a lanzarse sobre otro pueblo o acaso para atender a enriquecerse.

Si algo me parecería horrible habría de ser un pueblo en que repugnaran las disputas políticas y religiosas, en que se las considerase o ridiculas o de mal tono o perniciosas, y nadie atendiese sino a lo que se llama el negocio. Sin esas discusiones, sin esas disputas, sin esas facciones, no concibo una vida que valga la pena de ser vivida. Es más, no la concibo sin que esas disensiones y disputas no se reflejen dentro de uno mismo, de cada uno de nosotros. Si dentro mío, en el pueblo que soy yo, no riñeran de continuo el liberal y el reaccionario, el ortodoxo y el hereje, el dogmático y el escéptico, no sé cómo podría vivir vida interior. Y si tuviese que acallar todo eso y no pensar esos pensamientos que me dividen a mí de mí mismo y renunciar a la batalla íntima para dedicarme no más que a hacer fortuna o a divertirme, entonces mejor la muerte.

Y sigue diciendo Chesterton: «Os

imploro que arranquéis de las manos de ese Loco la disputa de los grandes santos y los grandes blasfemos. Hará con la religión lo que ha de hacer con el arte; mezclar todos los colores en vuestra paleta, en el color del barro, y decir después que sólo los ojos purificados de los teutones pueden ver que es puro blanco».

Dice luego Chesterton que el director de los museos de Berlín se decía que iba a ponerse a la creación de una nueva especie de arte: el arte alemán, y que hasta iban unos cuantos filósofos y hombres de ciencia a fundar una nueva religión: la religión germánica. Pero es que no hablan en sus canciones del viejo Dios alemán, «der alte, der deutsche Gott?» ¿Es que no suena su lenguaje a Antiguo Testamento? Porque lo curioso es que en esa tierra del antisemitismo la religión ha tomado un cariz completamente judaico antiguo, y nada cristiano. Ellos son el pueblo escogido de Dios, del viejo Dios alemán, por supuesto, de un Dios de las batallas, de un «Elohim sabaoth» de un Jehovah sináptico. En el fondo paganismo puro. Porque todas esas atrocidades de pueblos superiores e in-

feriores, de razas decadentes, de naciones llamadas a mandar y dirigir y otras a ser mandadas y dirigidas no es nada más que paganismo. Y falta de sentido de la libertad. Un pueblo que pretende ser el modelo de los otros, y que canta, embriagado de petulancia; que él ha de estar sobre todo en el mundo, es un pueblo que no se siente libre.

«Por la plenitud de vuestra fe y hasta por la plenitud de vuestra desesperación, vosotros, que recordáis a Roma—dice Chesterton a los italianos—habéis ganado un derecho a impedir que nuestras querellas sean apagadas en esa agua fría del norte.»

¿Que todas estas son fantasmagorías de un paralojista como Chesterton corroboradas por otro paralojista como dicen que yo soy? Lo que os puedo decir es que hace lo menos treinta años que sé alemán y vengo leyendo obras alemanas y observando una cierta doctrina que se deslizaba a la sordina y que ahora, rota toda contención y toda hipocresía, ha estallado a toda luz.

Hace lo menos treinta años, digo, que leo alemán, pero hace lo menos cuarenta, desde que tenía diez, que empecé a aprender francés y hace bastantes que leo inglés e italiano. Y desde que tengo uso de razón hablo y pienso en castellano. A las literaturas de todos esos pueblos y a las de algunos otros debo—yo que soy un espíritu curioso y que me puse a aprender danés para leer a un solo escritor, aunque luego esa lengua me haya servido para conocer a otros—a esas literaturas debo buena parte de lo que pienso y siento, pero sólo a unos ridículos tudescos se les ha podido ocurrir la solemnisísima tontería de que si yo pienso se lo debo a la literatura de su pueblo. En esta mentecatez que me han soltado unos casi tibetanos han denunciado toda la profundidad de su petulancia. Y si creen que yo pienso, mejor harán en examinarme antropológicamente a ver si resulto también de origen germánico, pues según un Sr. Chamberlain, que aunque de origen escocés escribe en alemán y se dedica a germanizarlo todo, Miguel Angel y Vinci y Shakespeare resultan de origen... germánico.

Aunque no hace falta ese Chamberlain. Pues ya el autor anónimo de aquel tan divertidísimo libro titulado «Raza chilena» y que se publicó hace pocos años, descubrió que nosotros, los vascos, principales progenitores, según él, del elemento europeo colonial primitivo de Chile, somos de origen germánico. ¡Claro está! No hay más que comparar el vascuense con el alemán para verlo. ¡Cosas más parecidas...! Y también descubrió el mismo amenísimo y archicómico autor de la citada obra antropológica y etnográfica—¡oh, la ciencia!—que el chilenuismo «haiga» por haya,—que, por supuesto, es forma popular corriente en España, lo mismo que «vaiga»—es de origen... ¡gótico! ¡Vaya o vaiga por Dios con las gotiquerías!

Todavía tiemblo al pensar qué habría sido de mí, ¡pobrecito!, si no se me ocurre, antes de mis veinte años, ya desde que tuve diez y siete, ponerme a aprender alemán. A estas horas no pensaría.

Si yo fuese otro me permitiría decir a esos amenos señores autores de esa inocentada que recomendaran a sus compatriotas el que aprendiesen castellano nada más que para leerme a mí y enterarse de algunas verdades del barquero que no han de decirles los suyos. Porque sí, yo he aprendido mucho de ellos—¿cómo lo voy a negar?—pero ellos a su vez algo pueden aprender de nosotros, los pobrecitos españoles, aunque sólo sea a reconocer las propias faltas. Porque si de algo pecamos aquí es precisamente de esto, de estar de continuo acusándonos y hasta calumniándonos y de reconocernos, con razón unos veces y otras sin ella, inferiores a otros.

Pero sea como quiera, que nos dejen con nuestras discordias intestinas y con nuestras viejas guerras civiles, y que no nos impongan, por Dios, esa paz con que hoy sueñan aquí nuestros reaccionarios. Sí, ya lo sé, la licencia que aquí reina es en algunas cosas excesiva. Pero hay lo que el antiguo conde de Toreno, el autor de la «Historia del levantamiento, guerra y revolución de España», de 1808 a 1814, llamó un concertado desorden. Que nos dejen, pues, nuestro concertado desorden y no nos pongan por dondequiera el consabido letrerito de «verboten»—prohibido—y nos regimenten como si esto fuese un ejército. ¡No, no, no y no! Nada de disciplina a lo militar; nada de esa organización. Nuestra patria no es ni un cuartel ni una compañía anónima de comercio.

Somos y queremos ser hombres y sabemos que para ello tenemos que ser españoles. Pero Dios me libre de que el español ahogue en mí al hombre. Y peor todavía si le ahogase el catedrático. Y como hombre, he de reservarme siempre mi derecho a censurar a mi patria cuando me parezca que obra mal.

Lo que le da a Chesterton un cierto superior derecho a dirigir los ataques—algunos de ellos exagerados si es que no algo injustos,—que dirige a sus adversarios de hoy, es que fué uno de los muchos ingleses que cuando Inglaterra, su patria, guerreó con los boers protestó contra aquella guerra. Y es que en esa noble y libre Inglaterra, a la que ahora se dedica a injuriar y calumniar sus ciegos oradores, ha habido siempre espíritus bastante independientes para censurar sus propias empresas nacionales. Jamás en aquella isla de libres ciudadanos, se ha conseguido una triste unanimidad de esa especie. Y hoy mismo, no hay sino leer sus diarios y revistas y cotejar su tono sereno y equilibrado con el estridente y exacerbado de los que cantan el odio a Inglaterra y estoy por otra parte seguro de que si mañana u otro día escribiese algo molesto para las pretensiones inglesas,—y no digo que no he de hacerlo,—a ningún inglés se le ocurriría la mentecatez de decir que si pienso se lo debo a mi conocimiento de la lengua y la literatura inglesas. A la que debo tanto por lo menos, si es que no más, que a la alemana.

No hay nada más lamentable que la petulancia colectiva. Es mucho peor, muchísimo peor, que la individual. Hay quien por haber nacido en un continente se cree más alto que el que nació en un islote. Dios nos libre del pobre diablo que se cree que pertenece a una casta superior. Y sobre todo, protejamos nuestras discordias.

MIGUEL DE UNAMUNO.

MUSEO UNAMUNO

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDITOS UVALES